

*Floreto de anécdotas y noticias diversas*, que recopiló un fraile dominico residente en Sevilla, a mediados del siglo xvi. Publicalo con prólogo, notas e índices, F. J. Sánchez Cantón. Madrid, 1948.

Con este volumen — el XLVIII —, la Academia de la Historia reanuda la publicación de una de sus series más afamadas: el *Memorial Histórico Español* (colección de documentos, opúsculos y antigüedades), que sacó a luz no menos de cuarenta y siete tomos desde 1851 hasta 1915. Y la reanuda dando a la estampa un manuscrito de la biblioteca de la misma Academia, en el que reparó hace años don Manuel Gómez Moreno, quien, interesado por su contenido, lo dió a conocer a esa Corporación, la que estimó conveniente el que se publicara para inaugurar la segunda época del *Memorial Histórico Español*, encargándole al propio Gómez Moreno y a Sánchez Cantón lo concerniente a su impresión. No pudiendo hacerlo el primero, recayó esta tarea en el señor Sánchez Cantón; que es quien lo ha dado a luz. Tarea que tuvo sus vicisitudes, como él nos cuenta en su prólogo, pero que al fin llevó a feliz término.

En su prólogo, además, Sánchez Cantón nos informa cumplidamente de cuantos aspectos de este *Floreto*, comenzando por su título, pueden interesarnos, procurando esclarecer la personalidad de su autor, sin que, pese a sus esfuerzos, haya podido sacarlo del anónimo. Pero esto es secundario. Lo importante es que haya sacado del olvido en que yacía este manuscrito, que nos informa de manera directa de tantas cosas curiosas con relación a la vida y costumbres de la gente de su tiempo, aunque no sepamos a quién hemos de agradecer estas apuntes de tan alto valor histórico, por tratarse precisamente de menudencias de la historia, que nos ayudan a su mejor conocimiento.

Desde luego, la parte más significativa de este *Floreto* es aquella — la primera — que Sánchez Cantón ha clasificado bajo el título de «Noticias y anécdotas de personajes varios». Ya el título es bastante revelador. Y no nos defrauda. La riqueza de anécdotas y noticias es mucha. El *Floreto* es un verdadero tesoro en ese sentido. Por añadidura, no sólo personajes aparecen en sus páginas, pues junto a papas, emperadores, reyes, nobles, prelados y capitanes, no faltan el soldado, el fraile, el aventurero y el truhán, con lo que nos ofrece un cuadro muy completo de su tiempo, que abarca el reinado de los Reyes Católicos y el de Carlos V.

Importan más, es claro, los personajes, a los que conocemos a través de su fisonomía histórica, y cuya faz humana nos descubre de pronto el redactor del *Floreto*, con un rasgo de su existencia cotidiana. Así, por ejemplo, las anécdotas que se refieren al Gran Capitán, especialmente las dos de la guerra de Granada, nos acercan más a Gonzalo Fernández de Córdoba, que las biografías que de él hemos leído.

Deliciosas anécdotas hay en este *Floreto*. Como la que lleva por título *Galantería de Carlos V en Francia*: « Cuando el Emperador don Carlos pasó por Francia, dio muchas joyas y entre ellas una piedra, que el Rey de Francia decía: *Esta dádiva fué de Emperador*; embió a madama Destampis una cintura muy rica, y que le dixessen que si no le viniessen justa, que suya era la culpa porque no se dexaba tomar la medida ».

Noticias hay en el *Floreto* que nos dan en pocas líneas una síntesis muy curiosa de grandes acontecimientos históricos, en virtud de una referencia directa. Así, en lo que atañe a *El saco de Roma*: « Cuando saquearon a Roma — escribe —, dizese que la voluntad de Mossiur de Borbón no fué saquearla, sino que el Papa Clemente le diesse ochocientos mil ducados para pagar la gente, y assi lo envió a dezir con un trompeta, al qual no dexó hablar a Su Santidad Lorenzo Delgoche, diciendo que si bolvíá otra vez, que lo haría echar por las almenas abaxo, y éste mismo dixo al Papa: *¿ Qué teme V. S. de unos descalços, hambrientos y sedientos que ay vienen ?*, y entonces estaba presente Tocino, un truhán español, y dixo: *De essos has de temer, Sanctísimo Padre, porque vienen hambrientos y quieren comer, sedientos y quieren beber, y desnudos y quieren vestirse, y descalços y quieren calzarse; por tanto, no os descuidéis*; mas el Papa siguió el parecer del Lorenzo y sucedió el saco ».

En el cuadro que el *Floreto* nos ofrece de la vida española en el siglo xvi, es interesante destacar la figura de Juliana de los Cobos, la mujer natural de Úbeda, que « abiendo un soldado muerto a su marido, vistióse un hábito de hombre y fue en busca del matador, y hallóle en Granada y matóle; y de allí se fue al campo de Italia, donde sirvió en el mesmo hábito de soldado, y algunas vezes a cavallo, hallándose en todos los peligros que se ofrecían, biviendo bien y sin ser conocida por mujer », lo que nos certifica que *La monja alférez* no fue una excepción absoluta ni un caso aislado, sino que hubo en aquel tiempo mujeres con espíritu de aventura que, al amparo de un indumento y un aliño (o desaliño) propicios al travestido, participaban en las guerras trocadas en hombres.

Pero aún hay algo más en el *Floreto*: la sorpresa que nos reserva en los *Extremos de diversos*, al revelarnos algunas particularidades de « señores y caballeros de España ». Como cuando dice: « Don Hernando Alvarez de Toledo, duque Dalva, no se suele lavar el rostro, sino con un lienço seco se lo entrega ». Y por él sabemos también que la « alergia » hacía de las suyas en aquel tiempo, aunque estaban muy lejos de conocerla con este nombre. Veamos, si no, estos típicos casos:

« Garcilasso de la Vega, hijo de don Pedro Lasso, no come cosa guisada con azafrán, ni se sirve a su mesa cosa que se guise con él y le da pesadumbre ver comer manjar que lo tenga ».

« Gonçalo Pérez, Secretario del Rey don Felipe, y Diego López Gallo, natural de Burgos, no comen queso, antes de sólo olerlo, suelen caer desmayados ».

« La Duquesa de Alburquerque, mujer de don Beltrán de la Cueva, en oliendo rosas se le hinchava el rostro, y mandava pregonar en su tierra el día de Corpus Cristi, que nadie traxese ni sacasse rosas en las manos ni en otra manera ».

No faltan tampoco en sus páginas, ideas del hombre de la calle en oposición a lo que podríamos llamar el pensamiento oficial, y vemos así que Fray Bartolomé de las Casas tenía sus prosélitos y que sus críticas sobre la acción gubernamental en las Indias habían trascendido al pueblo.

Menos interesantes son, en el *Florero*, las reminiscencias de lecturas de quien lo escribió, y las alusiones de carácter literario y artístico, en realidad de escaso interés. Lo que evidencia que no era un hombre de gran cultura. Y quizás por eso, por reflejar el modo de sentir y de pensar de un hombre medio, el equivalente al hombre de la calle, asistido por un gran espíritu de observación y una clara visión de las cosas, su obra posee particular interés. Falta de afeites literarios y artificios retóricos, sus impresiones tienen un carácter espontáneo y en ocasiones ingenuo, lo que avalora su sinceridad, prenda segura de la verdad de cuanto nos revela. Gracias a él vemos en ocasiones correr la sangre viva bajo el mármol de la historia.

VALENTÍN DE PEDRO.